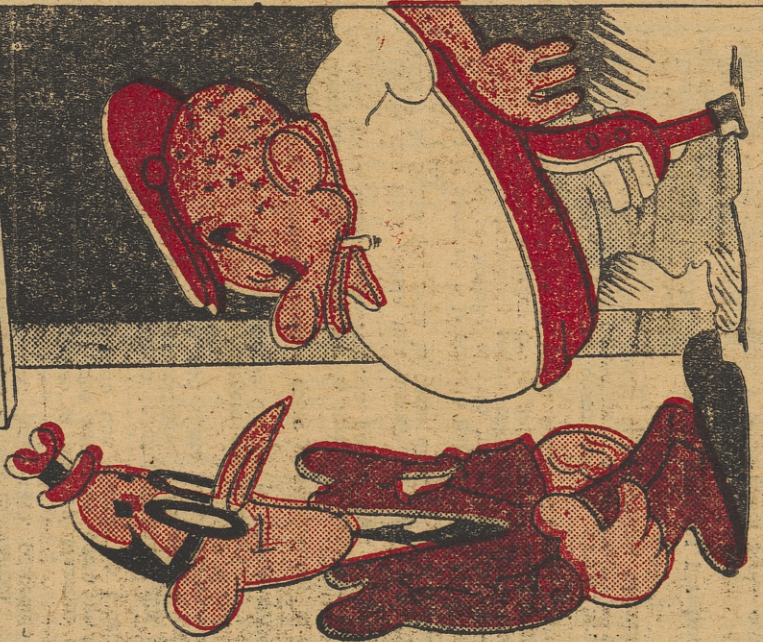


POLLER



- ¿De modo que no le quedan a usted ni gallinas ni pafitos?

- No. Solo me queda una pata.
(Texto remitido por JOSÉ ROCA
12 años - VALENCIA)



- ¿Como se cura radicalmente a un enfermo que padezca del corazón?

- Vendándole los ojos con un pañuelo, ya que "ojos que no ven, corazón que no siente".
(Texto remitido por LUIS ALEXANDRE PERIS 9 años VALENCIA)



- Oye, «PEQUE» ¿Dónde vives?

- Pues donde nací.

- Bien ¿y donde naciste?

- Pues en mi casa.

(Texto remitido por MANOLIN CARRASCOIA
13 años - VALENCIA)

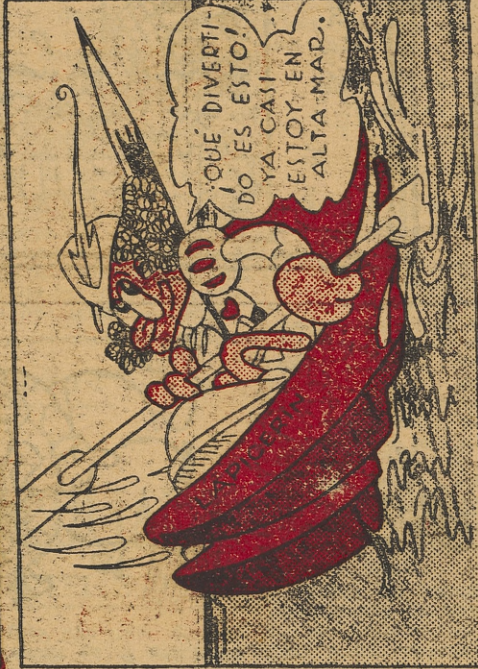
EL DIOQUE

Suplemento infantil de

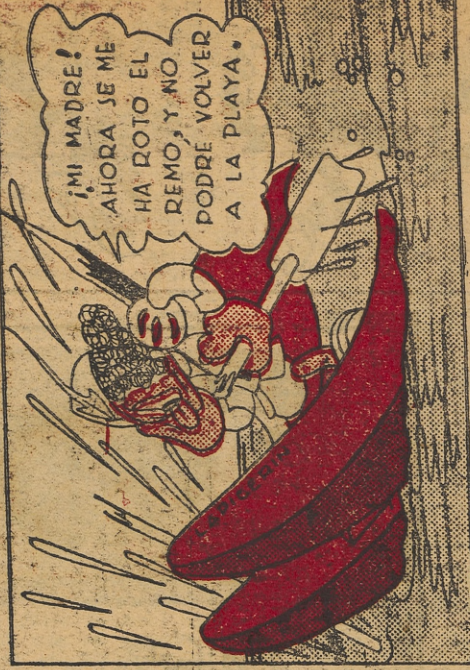
Jornada

AÑO III • VALENCIA 9 SEPTIEMBRE 1943 • NUMERO 90

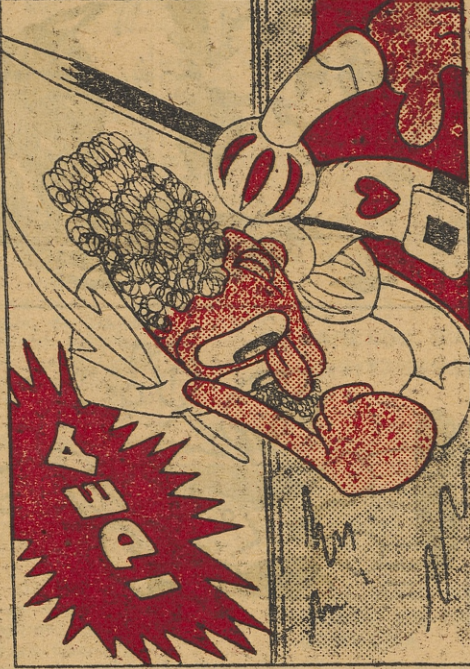
LAPICERIN, TRIUNFANTE DE PATIN



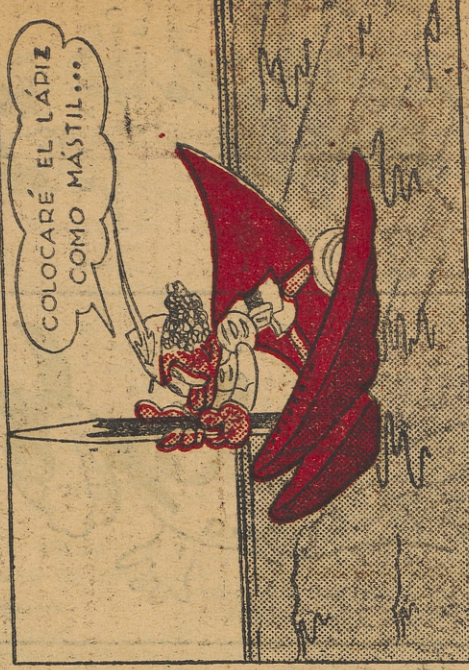
¡QUE DIVERTIDO ES ESTO! YA CASI ESTOY EN ALTA-MAR.



¡MI MADRE! AHORA SE ME HA ROTO EL REMO, Y NO PODRE VOLVER A LA PLAYA.



PIPER



COLOCARÉ EL LAPIZ COMO MÁSTIL...



...Y LA CAPA ME SERVIRÁ DE VELA.



¡OLÉ! ¡TIERRA A LA VISTA!

Colaboración MAFANTIL

UN MOSQUETERO



Vicente Valls, 10 años.
Burjassot (Valencia).



BOXEO
Gaspar Quintanilla,
13 años. Valencia.



MADAME BUTTERFLY
Juan José Campos, 9 años.
Valencia.



REPÓSITO
Conchín Meliques, 13 años.
Grao (Valencia).

Album de Honor



Salvador Muñoz,
13 años.
Valencia.



Juan Jargue, 11 años.
Valencia.



Miguel Casaña, 13 años.
Valencia.



Amparín Noguera, 13 años.
Valencia.



José Saphchis, 11 años.
Valencia.



Ricardo Quinos, 12 años.
Valencia.



Garriñench Alapont,
10 años.
La Cañada (Valencia).

LOS TRES «GERDITOS»
MENOS DOS

Los hombres que vuelan

Por LUIS MOTA

(Continuación)

sufrir en las montañas del Peloux, se sentía dispuesto a desahogar los sentimientos.

Por la inmensa bóveda del cielo, corrían rápidas las nubes, unas veces en masa, otras dispersas.

El aviador notaba los efectos de aquellos rápidos cambios atmosféricos.

El aeroplano vibraba bajo la acción del viento como una cuerda tendida.

Marchal se dejaba llevar sin miedo ninguno, procurando únicamente sostenerse en el camino que había de conducirle en derredura a las tierras italianas.

Pero esto era difícilísimo, y no siempre le podía conseguir.

Muchas veces el viento apartaba el aeroplano, sin que a su conductor le fuera posible evitarlo y mantenerse en una línea determinada.

A todo esto, una grave preocupación atormentaba a Marchal: que se le acabara el depósito de gasolina.

Se inclinó para examinarlo; vio con un palmito alegría que la provisión era aún bastante abundante.

El trueno rodaba sin descanso, el rayo brillaba sin parar; en las alas del aeroplano se oía el rebolir del agua y del granizo.

A veces el viento le daba con la lluvia en la cara, impidiéndole ver.

Los otros aviadores surtían también las fatales consecuencias de la tormenta: habían tenido que desistirse; el huracán los había arrastrado en distintas direcciones; ya habían comenzado a bajar hasta la superficie del mar, ya subiendo hasta las nubes blancas que pasaban, espesas y pesadas, atravesadas por el rayo y desgarradas por monstruosos zissas.

Y el mar respondía a aquella cólera celeste, abriéndose en abismos, levantándose en montañas, para desahogarse después en espuma con su fuerza indomable.

Marchal, inclinado indeciblemente, se baltaba lleno de fe y esperanza contra el torbellino.

Su aparato resistía divinamente, dejándose conducir a lo lejos, sobre el mar, hacia la playa.

Por delante aparecieron las primeras luces de la aurora. Era aquella una luz pálida, monótona, casi funebre.

Las nubes adquirieron por su influjo una blancura espectral. El mar tomó su tinte aviado y se cubrió de espuma en cuanto alcanzaba la vista.

A distancia, aparecieron unos puntos negruzcos. Era una bandada de pájaros que revoloteaban alrededor de un dirigible, que parecía presa de la tempestad.

¿Quién iba en él?

Se inclinó hacia el mar.

Le pareció ver un hombre que se debatía entre las olas; la espuma se levantaba en grandes masas; el rugido de las aguas subía hasta el cielo; era un estrépito constante, ensordecedor. Marchal dejó de ver el mar bajo sus pies.

Una nube muy espesa, una nube tan baja que rozaba las olas, le había envuelto en su torbellino; Marchal se vio entonces mas solo que antes, y empujado hacia un punto incesible.

Entonces tuvo miedo.

¿Dónde iba a parar? ¿Le duraría la escarcha hasta que pudiera hacer pie sin peligro? La nube, espesa, húmeda, le envolvía por todas partes.

Era preferible ver el mar, oír su voz amenazadora, a errar en la sombra, ciego, presa de la tormenta, que le arrastraba con sus garras monstruosas.

No tenía más compañero que el latir del motor; el rumor de las aguas llegaba hasta él, debilitado a través de aquella neblina muralla, y se sentía, perdido en aquel cataclismo que había cambiado aquella región del mar titirneo en una fosa infernal.

Por fin cesó el trueno, pero el viento seguía soplando impetuoso.

De repente, Marchal vio delante un aeroplano; era muy parecido al suyo en los menores detalles, en todas sus particularidades, aunque algo más grande.

Pensó en seguida en su enemigo, y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—¡Bonardi! ¡Bonardi! —gritó con violencia, levantando el puño.

Entonces salió una carcajada.

—¡Un espelismo! —murmuró—. ¡Y vuelve el buen tiempo! Inefectivamente, era el espelismo; ese extraño temblor de refracción que a veces se produce en las capas aéreas.

El aviador creía que el espelismo anunciaba el fin de la tormenta; pero se vio casi queado en sus esperanzas.

El aeroplano voló aún durante largo rato, precedido por una imagen.

Una ráfaga de viento dispersó la nube, y Marchal pudo distinguir una sombra espesa que avanzaba como un velo funerario sobre el mar, formando una especie de tenebrosa barrera.

Una ráfaga brusca y furiosa, le empujó hacia ella y no le fue inmediatamente posible substraerse a su acción.

Las sacudidas se sucedían con tanta violencia que temió que su aparato diera la vuelta.

Una vez se halló casi en contacto con el agua.

Un chubasco de agua sobre le dio en la cara al aviador, el cual comenzó a temblar.

Luego una borrasca volvió a coger el aeroplano y lo elevó en el aire.

Como un águila llevada por la tormenta pasó por encima de una tierra montañosa, rodeada por el mar a derecha y sinisterra.

¿Sería una isla? ¿Sería una playa? No pudo darse cuenta exacta y se figuró que sería la costa de Cerdega y probablemente un Cabo.

El viento le arrastró y le empujó hacia el Sur.

Delante de él se hallaba el velo negro, tendido como un obstáculo que le impedía seguir más allá. A pesar de las ráfagas de viento, a pesar de la agitación de la atmósfera, aquel velo tenebroso no se había desmenuzado; en contrario, cada vez se entibrecía más.

Una fuerza tan misteriosa como potente atravesaba bienhechor hacia la nube el aeroplano y a Marchal.

Después de recorrer una media milla apenas, Marchal se vio envuelto en el ligero velo.

El cielo parecía amenazador.

Las nubes eran pesadas, compactas, sucucadas por frecuentes relámpagos.

En medio de aquel caos anduvo errante el aeroplano, arrastrado unas veces hacia adelante, y otras hacia atrás, como si se hallara detenido por una tromba marina.

De pronto, Marchal, sin poderlo remediar, dió un grito de terror; bajo sus plantas, a pesar del rumor de las aguas, oyó un silbido rónico, prolongado, salvaje, penetrante; después vino empujar tres columnas negras, largas y estrechas, lividas por la luz de los relámpagos.

En el angustiado espíritu del aviador surgió la convicción de que le amenazaba un nuevo peligro.

Eran trombas marinas.

Primero se le cerraron los ojos ante la idea de un fin tan espantoso; después se dejó llevar ciegamente en brazos del Destino.

El aeroplano, cedido aquí y abandonado allí, con la impetuosa de un bólido, se veía arrastrado hacia las trombas.

Marchal estuvo a punto de abandonarse, rendido, en aquel inferno que le amenazaba.

Graba, alrededor de las columnas, pasaba rozándose y huyendo de la cólera de la tempestad. La cabeza le daba vueltas, y una indecible angustia se apoderaba de él.

Intentó acelerar aún más el motor y reaccionar contra la violencia del huracán, pero no lo consiguió.

Perdida toda esperanza se dejó llevar entonces sin voluntad y sin fuerzas para seguir resistiendo.

La violencia con que el aeroplano chocó con aquella masa basó para derribar la gigantesca columna, la cual, deshecha ya, cayó con el estrépito que hace un alud al rodar por la falda de una montaña.

Marchal dió un grito, cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza.

Experimentó la misma sensación que si hubiera sufrido una caída, y después un impulso, como si una mano formidable le imprimiera a su aparato una velocidad prodigiosa.

Dos segundos después se debatía en medio del mar, en un torbellino de olas, levantadas violentamente.

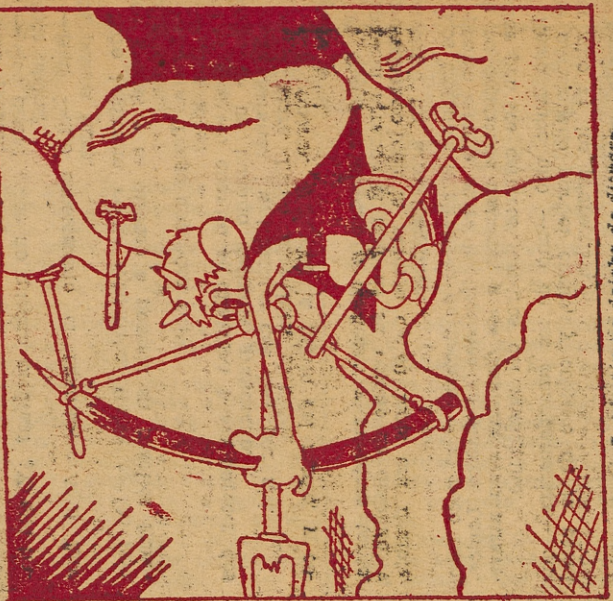
El aviador se había salvado gracias al empuje del viento, cuya fuerza había aumentado.

Arrojado a chancada, impulsos de distancia, no había recibido más que una mínima parte de la furia, que se había deshecho detrás de él con el estruendo de una catástrofe.

Una ola inmensa levantó el aparato y le llevó hacia adelante.

(Continuación)

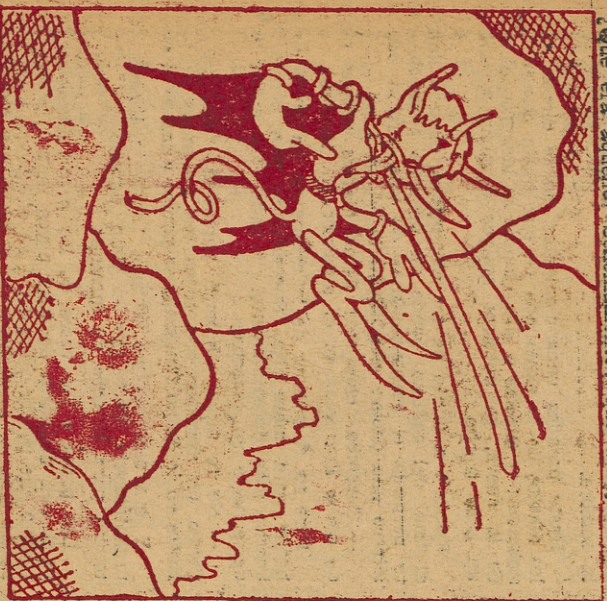
En altura, atacaban las paredes de la escudilla, y sus armas a escasos metros de la puerta. Aquello era una guerra de guerrillas.



BIBLIOTECA DE EL PEQUEÑO

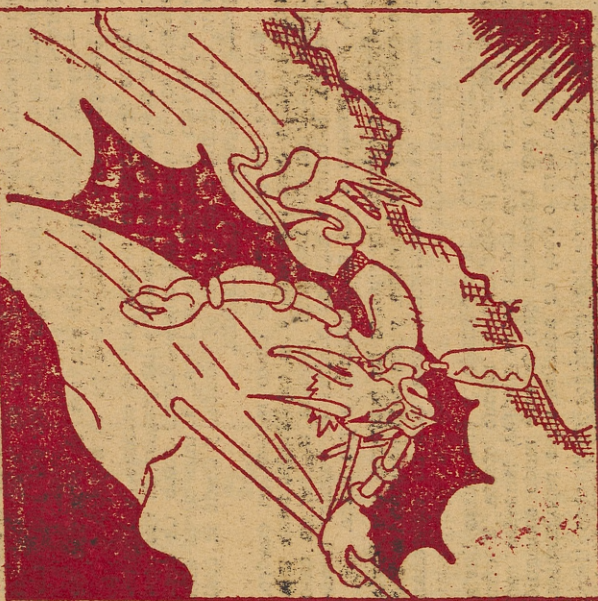
ANDANZAS DE LAPICERIN

Un fogonazo terrible les destrozó, y les hizo caer sin sentido. ¿Qué era aquello? Sencillamente, que debajo de la



aprovechando por el cielo, y colgando de la pared... una había un hueco lleno de materias explosivas, y las cerillas, al caer sobre ellas, habían producido la detonación. Gracias a esto, y auxiliada por la fuerza

señalada por el cielo, y colgando de la pared... una había un hueco lleno de materias explosivas, y las cerillas, al caer sobre ellas, habían producido la detonación. Gracias a esto, y auxiliada por la fuerza



BIBLIOTECA DE EL PEQUEÑO

ANDANZAS DE LAPICERIN

CAPÍTULO XIII

Guerra a muerte

Lapicerín veía desde su alacena a toda aquella multitud de diablillos, que provistos de antorchas rebuznaban por todos los rincones, y un estremecimiento de terror le paralizaba todos los miembros. No dudaba de que, tarde o temprano le encontrarían, y entonces... ¿qué sería de la inocente Pitusa? ¿Sería la libertaria de las gacetas de Ciudadidad?

El destino de Pitusa le preocupaba más que su miseria. La imaginaba en el Palacio de la Montaña de Hielo, contenta en su estancia, y cada vez era mayor y más decidido su propósito de salvarla. —Esto marcha mal, ensillado —dijo al fin, tras de largar un profundo suspiro. —Huele a chalmusquina —concedió el enano—. Detenido de poco, no habrá un palmo de terreno sin explotar por esos diablillos, y por fuerza hemos de caer en su poder. —Si al menos tuviésemos armas...

Lapicerín estaba obsesionado por la idea de defenderse. Pero como si no tenía más que una voluntad muy grande y un lapiz convertido en alfiler, y oyendo caminaban guiándose tan sólo por su instinto, y oyendo cada vez con más claridad, las voces de sus perseguidores, que continuaban incansables la busca de un modo sistemático. No había ni un solo hueco, ni un re-

El rico ambicioso y el indio hambriento

En medio de grandes demostraciones de cariño, sentándose en seguida, a la mesa.

—No, señor, desde ayer por la mañana, se me acabó el último ocraño que tenía, y desde entonces, no he comido nada.

—Bueno, aquí tienes todos estos manjares exquisitos, in-

clusivos los postres, que son ex-

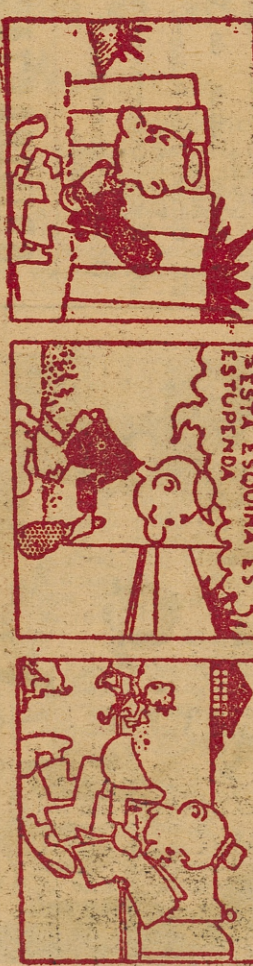
«Indio comido, puesto al camino», dice el refrán. —No, hombre, espérate y el pelo de oro, ¿dónde lo has?

—Bueno, señor, ya me voy.

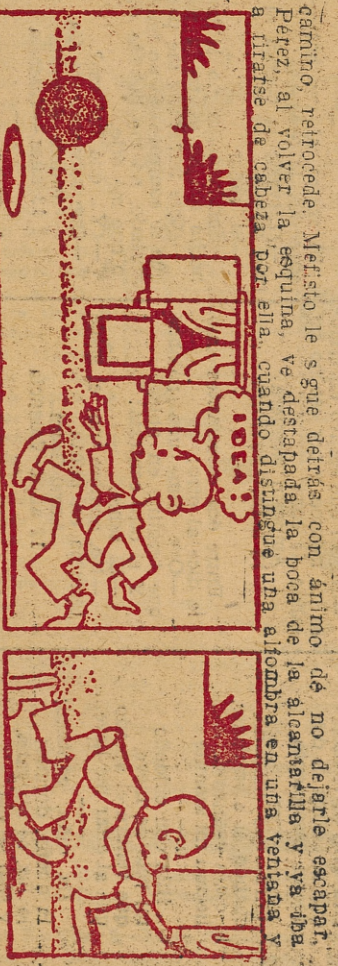
—Bueno, señor, ya me voy.

—Bueno, señor, ya me voy.

UNA ALFOMBRA OPORTUNA



El atacante Meliso se sienta en la esquina para dar con su golpe en la cabeza del primer transeúnte que se acerque y desvalijarle. Pero



tiene la idea de aprovecharla, colocándola sobre el agujero, y cuando Meliso llega al alcance de Pérez, pone los pies sobre la alfombra y desaparece como por un espionchón.



NINO LLORON
Lorenzo Irazzo
8 años.
Valencia